

Comentario de “Un Domingo”

Si hubiera que nombrar a un escritor decimonónico capaz de mostrar con simpatía y gracia lo que le cautivaba de la vida cotidiana de la primera mitad del siglo XIX, Guillermo Prieto es el mejor candidato. Aunque no fuera del gusto de todo mundo, Prieto sintió a flor de piel el día a día de la ciudad al experimentar en su vida los cambios de las costumbres y el redescubrimiento del paisaje; en sus crónicas nos permite imaginar las vivencias de los nuevos mexicanos. Desde sus ojos jóvenes, los moradores de una hermosa ciudad capital hablan a través de sus acciones colectivas y sus rutinas; así, en “Un domingo”, crónica publicada el día 15 de enero de 1840 en El Museo Popular, podemos contemplar un cuadro de la Ciudad de México en aquel arranque de la quinta década del siglo XIX y, a la par, caminamos junto con D. Benedetto, uno de sus seudónimos, por los espacios que recorre.

Este texto comienza con una visita a la iglesia, porque el domingo era el día de ir a misa y el más esperado de la semana. En el templo el cronista, más que discutir sobre problemas políticos, observa a los muchachos que van a ver salir a las señoritas y jóvenes. A las doce sale a la calle para llevar a cabo las ocupaciones del día de descanso, como chismear con parientes, amigos y vecinos, ya sea en los portales o en casas ajenas para comer algo a expensas de los anfitriones. A las cuatro y media acaban las visitas y don Benedetto se dispone a pasear. ¿Qué se ve desde Bucareli? El augusto palacio de Chapultepec y gente que parece disfrazarse en público. Ya en la tarde parece que todo tipo de personas se dirigen a donde pueden y quieren ya que los límites de clase y ocupación se desdibujan. Nuestro protagonista va hacia un café, donde abundan muchos pretenciosos y otros que parecen mal augurio por tanto “pero” y “sin embargo”. De regreso del paseo el ánimo callejero languidece y los personajes con que se encuentra viven el anochecer con ánimo festivo y también con cierta ansiedad. La noche también es la hora del amor. A las ocho y media se dirige al baile de la calle del Estanco Viejo, una humilde diversión. El alma del poeta describe en una canción lo que un hombre ordinario siente al terminar la ilusión de un domingo cualquiera.

Esta crónica posee el carácter romántico y mexicanista que caracteriza la mayoría de los textos costumbristas de Guillermo Prieto. Recordemos que las costumbres son parte del mundo romántico, pues son populares porque reflejan las bondades naturales del pueblo. Este pensamiento ilustrado y acorde a la filosofía de Rousseau que el cronista parece compartir, lo hace un referente literario de su época. Comprobará el lector cómo este texto reúne los elementos propios de la crónica: el autor reflexiona en primera persona -lo que revela su mentalidad-, sobre varios asuntos de actualidad, describe personas, lugares, modas, las rutinas de la gente y sus conversaciones, el paisaje, las ocupaciones y oficios, las formas de diversión de

chicos y grandes, hasta nombres comunes de perros. Si una crónica es una tarea que satisface las necesidades memorísticas de una comunidad y de una sociedad, puesto que ahí quedan registradas las acciones que pudieran trascender la memoria colectiva, entonces “Un domingo” de Guillermo Prieto es un excelente ejemplo de esta certeza.